

Libro|s

PREMIO GAZIEL La última obra galardonada por la Fundación Conde de Barcelona y la editorial RBA reconstruye la trayectoria de un destacado socialista catalán, ministro del gobierno de España, amante del País Vasco, asesinado por ETA. Joan Esculies revive una figura que hoy tendría mucho que aportar

Ernest Lluch, un ilustrado para la España de 1978

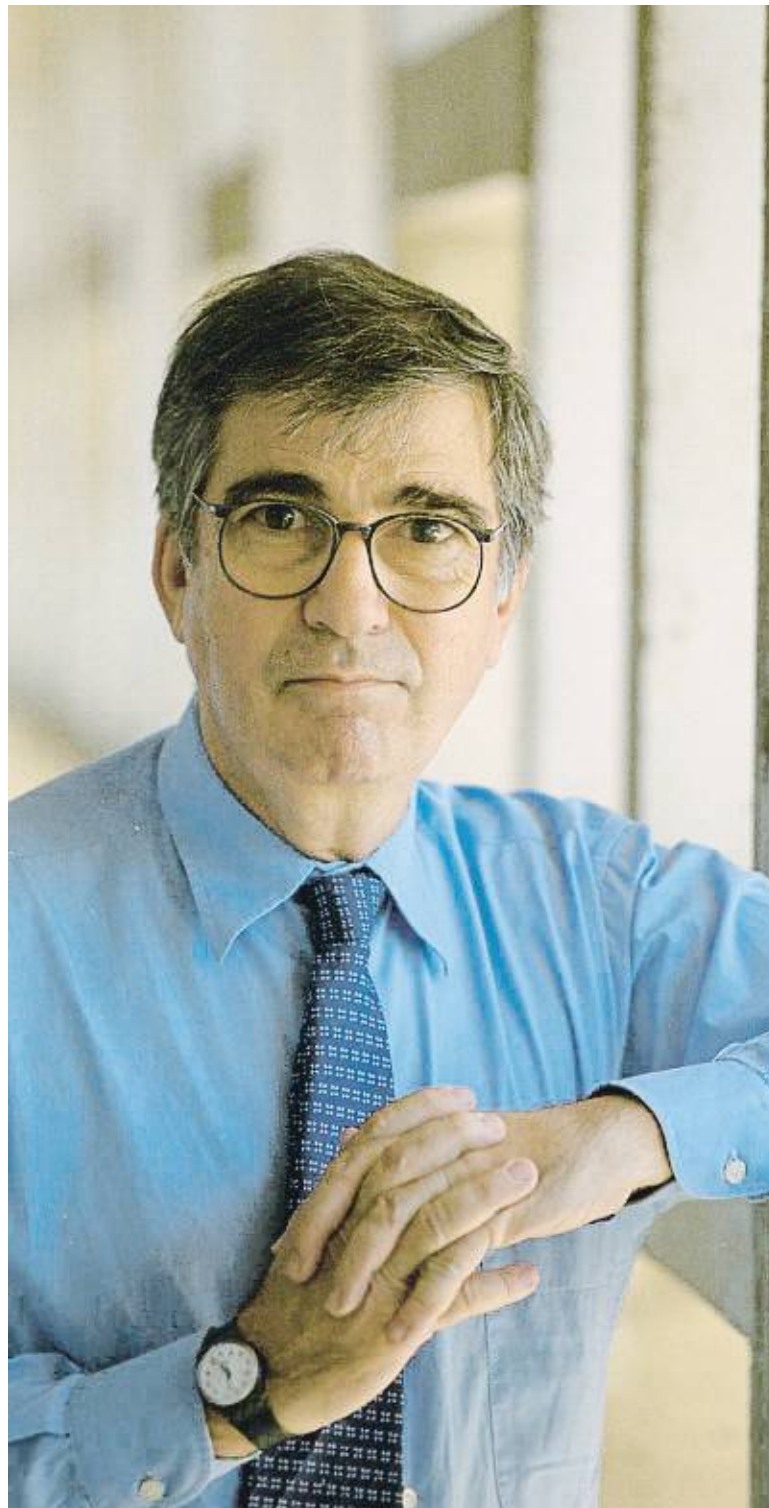
JORDI AMAT

El proyecto de la vida de Ernest Lluch (1937-2000) fue destacar en la democratización de las Españas y el afianzamiento de un país que quiso siempre mejor a través del compromiso político, universitario e intelectual con su sociedad. Diría que esta es la interpretación del personaje que propone la sólida biografía de Joan Esculies (Manresa, 1976), uno de los principales conocedores de la evolución de la política catalana del siglo XX (aquí lo hemos visto ya) y hoy el mejor historiador de la trayectoria integral de Josep Tarradellas. El elegante retrato de Lluch que ha escrito Esculies –fundamentado en una tarea metódica de archivo, hemeroteca y entrevistas a familiares, amigos y colegas– era un tributo necesario y encaja plenamente con la trayectoria del galardón que ha ganado: el Premio Gaziel que concede la editorial RBA y la Fundación Conde de Barcelona, vinculada a *La Vanguardia*.

La tesis está clara: en la academia o en el Ministerio, como publicista o en la tertulia radiofónica, Lluch –un hijo de la menestralía del textil local, un historiador del pensamiento económico fascinado por el siglo XVIII– quiso ser y consiguió ser un ilustrado de nuestros tiempos que ambicionó poder personal para ayudar a reformar el país.

El hijo pequeño

Por tradición, como se detalla en el capítulo inicial, de entrada nada hacía pensar que Lluch tuviera que adquirir el rol civil y la popularidad de la que se hizo merecedor. En casa querían que él, el hijo pequeño, hiciera de representante de los productos del pequeño taller familiar, que fuera viajante de comercio para vender cinturones, ligas o tirantes de goma para todo el país. Pero sin que lo supiera su padre, con quien las relaciones nunca fueron muy buenas, aquel trabajador infatigable iba sacando adelante estudios superiores y fue en tanto que estu-



Ernest Lluch

PATRICIO SIMÓN

dante de Económicas que empezó a desplegar unos talentos que le reconocieron tanto compañeros de curso como sus maestros. Su hermano Enric –un geógrafo de trayectoria impoluta– lo introdujo en los círculos del catalanismo resistente a la vez que Lluch entraba a la órbita del influyente catedrático Fabián Estapé –un Estapé que tocaba poder real colaborando con la implementación de los Planes de Estabilización. Es desde la academia con afán democratizador, más que desde la oposición partidista, que Lluch se hizo con un prestigio que lo llevó al mismo tiempo a estar en las páginas de *Promos* o *Serra d'Or*, al Círculo de Economía o a colaborar al Servicio de Estudios del Urquijo de Trias Fargas o al de Banca Catalana de Jordi Pujol (con uno y con otro tendría relaciones controvertidas, como documentan cartas privadas que hasta ahora eran inéditas).

Artífice del socialismo valenciano

Fue con estas credenciales que, como otros profesores represaliados por el sistema en la onda expansiva de la Caputxinada (valdría para Josep Fontana, por ejemplo), siguió su camino académico en València durante la década de los setenta donde actuó de una manera similar a como en la Barcelona de los cincuenta lo había hecho el príncipe Jaume Vicens: hizo buena investigación económica para influir en el presente, creó una cierta escuela que fundamentaba la idea de València como realidad política y fue adquiriendo un compromiso ideológico que lo acabaría convirtiendo en uno de los artífices del socialismo valenciano (rivalizando, si era menester, con Joan Fuster o Vicent Ventura).

El libro lo descubre y así muestra como este polemista brillante y chismoso empedernido también quería jugar las cartas (no siempre ganadoras) de la conspiración para situarse en posiciones que le garantizaran ocupar las plazas de primer

De arriba a abajo, Ernest Lluch de joven en el Estadio Olímpico de Montjuïc practicando

atletismo. A continuación, Joan Majó, Ernest Lluch, Felipe González, Joan Raventós y

Pasqual Maragall en un mitin electoral durante las elecciones generales de 1986. Final-

mente, Ernest Lluch en el marco de una visita a los Balcanes en 1994. Todas las fotogra-

fías aparecen en el libro ARXIU FUNDACIÓ ERNEST LLUCH/GUILLEMINA PUIG/FUENTE DESCONOCIDA



nivel que ambicionaba. Llegada la hora de la verdad para los líderes de su generación –la hora de la Transición–, el socialista catalán Lluch –menos catalanista que un Obiols, con buena relación con Alfonso Guerra– obtendría un escaño en el Parlamento de Madrid y desde Madrid tendría una influencia relevante en la construcción del Estado autonómico: fue uno de los negociadores de la parte económica del Estatut y tuvo un papel controvertido durante la tramitación de la Loapa, un episodio que lo estigmatizó entre los puros y que aquí se explica de manera convincente porque se plantea desde la complejidad de los intereses personales y de partido, la ideología y la correlación de fuerzas.

La hora de la política real

Y situados en este marco, cuando con la victoria despampanante del 82 el felipismo asume que pilotará la mutación efectiva de España, Lluch es nombrado Ministro de Salud. Durante 100 páginas la biografía adquiere un vuelo altísimo. Detalla lo que cuesta tanto explicar: el ejercicio de la política real. Entre otros papeles de este momento, Esculies ha descubierto unas notas sobre la filosofía de los socialistas catalanes en Madrid que son una fascinante radiografía de un proyecto de Estado que en parte fue y seguro que ha dejado de ser: “Democratización, participación, proceso; primer gobierno de los trabajadores; no discriminaciones ni privilegios; comprensión de varias lenguas y culturas; hacerlo o intentar hacerlo bien; inercias administrativas. Respecto Catalunya: asignatura pendiente, autogobierno=autorresponsabilidad”.

Con esta filosofía Lluch emprende la que será su gran obra política: los trabajos y los días que, después de muchos borradores y muchas polémicas (con compañeros de gobierno, de partido, con la oposición y los gobiernos autonómicos, con los agentes sociales o las farmacéuticas), acabarán con la aprobación de una ley de Sanidad que ha sido uno de los pilares de nuestro Estado de bienestar.

Pero este triunfo, que lo quemó en opinión de González, no tuvo recompensa porque Lluch se quedó sin cartera en la remodelación del gobierno. Y le dolió porque, como le había recomendado Estapé, había que estar en posiciones de mando. Y a partir de entonces, sin dejar de intervenir en la esfera pública, a Lluch le tocó reinventarse. Se postuló como rector de la UIMP y ganó la plaza. Fue un articulista de prestigio y un tertuliano admirado.

Ejerció la cátedra en la Universitat de Barcelona y llevó adelante una investigación sobre la construcción de la modernidad catalana y española que le permitiría plantear una lectura alternativa de la historia constitucional a partir de la cual afrontaba los grandes problemas pendientes para un ilustrado de su tiempo: la avería del sistema territorial, que repensó con su amigo Herrero de Miñón, y, conectado con este punto, el drama de la violencia en el País Vasco. Con muy poco tiempo Lluch se convirtió en uno de los principales especialistas de ETA como fenómeno sociológico.

Y cuando ETA gana presencia en el relato, sabemos que empieza el epílogo que acaba con tragedia e indignación. A partir de un momento determinado, Lluch, crítico con los extremos y más ponderado que va-

En casa querían que él, el hijo pequeño, hiciera de representante de los productos del pequeño taller familiar

Su gran obra política: ley de Sanidad que ha sido uno de los pilares de nuestro Estado de bienestar

Crítico con los extremos y más ponderado que valiente, entró en una dinámica admirable de compromiso con la paz

liente, entró en una dinámica admirable de compromiso con la paz que lo llevó a ahijarse al País Vasco y a ser una especie de padre de Odón Elorza, el alcalde de Donosti. Y cuando más avanzaba en este compromiso –el más arriesgado y honorable de todos los de la España del 78–, más sabía que se estaba poniendo en el blanco de la repugnante mafia asesina que al final hizo aquello que sólo sabía hacer: matar. Y la noche que lo mataron, después de una vida de ilustrado, Lluch se convirtió en mártir de nuestra libertad. |

Joan Esculies

Ernest Lluch. Biografía d'un intel·lectual agitador

LA MAGRANA. PREMI GAZIEL DE BIOGRAFIES I MEMÒRIES 2018. 461 PÁGINAS. 23,99 EUROS